

843  
M.  
PQ2625  
E53  
F68

---

*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

---

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.— Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

# EL LOCO DE QUIMPER

(FEMME DE CHAMBRE.)

I

Todo el mundo conoce al barón Claudio Chatel, el hermoso Claudio, como le llaman sus íntimos, epíteto que por cierto le desagrada sobremanera.

El barón es el más sencillo y el menos pretencioso de los parisienses del boulevard.

Cuando decimos que todo el mundo le conoce, queremos decir que le conoce toda esa multitud brillante que se inscribe de oficio en el «todo París», forma parte de los grandes círculos, tiene palco en la ópera, proscenio en el teatro Francés, asiste á las cabalgatas del *bois* por la mañana antes de almorzar y posee hotel en los grandes barrios, castillo ó quinta en provincias y *villa* en algun puerto de mar y que tiene sólidas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

rentas, en tierras ó en buenos valores, al abrigo de toda expeculación.

El barón Chatel tiene todo esto que acabamos de decir.

Su hotel, ó mejor dicho, su casa de la avenida Gabriel, en la cual no ocupa más que el piso principal, es un inmueble de primer orden; su quinta de Mornes, cerca de Rambouillet, es célebre por sus cazatas y su villa de Hennequeville, en la carretera de Trouville á Honfleur con su frondoso y florido parque, pasa por ser un modelo en su género.

Además, para el barón todo ha sido fortuna desde que vino al mundo. Heredero á los veinticinco años de toda una dinastía de armadores del Havre, entró bien jóven en posesión de una fortuna considerable que desde luego administró prudente é inteligentemente.

Cuatro años despues con raía matrimonio con una jóven de notable belleza, tan rica como él y como él medio burguesa, medio aristócrata.

Nobleza del primer imperio.

La baronesa se llama, de su nombre de soltera, Angela Imbert.

Su padre, el baron Imbert, ex prefecto que ~~marrió~~ jóven, se había retirado á la vida privada, el cuatro de setiembre del año terrible.

Esta unión debía ser perfectamente feliz, ó mejor dicho, perfectamente tranquila, sin sacudidas y sin querellas, con esa decepción que causa todo aquello que, creyéndose ~~ferendo~~, resulta ser de todo punto estéril.

A los cuarenta y cinco años, *el hermoso Claudio* no sabía á quién dejar, lo más tarde posible, sus trescientos mil francos de renta.

No tenía hijos y, segun todas las probabilidades, no debía tenerlos jamás.

Aquella magnífica casa vacía le oprimía ~~el~~ corazón.

Desde hacía algunos años, sus amarguras ~~se~~ reflejaban en las confidencias con sus íntimos.

Sin dejar de amar á la baronesa, ó al menos de rodearla de todo género de delicadas atenciones y de asiduos cuidados, se puede decir que abrigaba en el fondo de su corazón cierta rabia contra ella, por esta desgracia de que la acusaba con razón ó sin ella.

En cuanto á la baronesa, siempre bella, ~~como~~ esas estatuas de mármol ó de acero

por las cuales pasa el tiempo sin alterarlas, ocupada en seguir los caprichos de la moda y en esas mil intrigas que surgen y desaparecen diariamente en los salones, seductora como en los hermosos años de su juventud, muy buscada á causa de su agradable trato, de su elegancia y de su inatacable posición, no tenía ni aun tiempo de pensar, en el torbellino que la arrastraba, en los disgustos que pudiera causar y sufrir.

Sentía verdadera pasión por el teatro, la música, el baile, las partidas de campo, en una palabra, por todo aquello en que se puede brillar y distraerse al propio tiempo; pero es justo añadir que á pesar de su excesiva pasión por el mundo, sus pompas y vanidades, su reputación estaba incólume como su belleza.

Alta y esbelta, con cabellos castaños y epidermis de extrema delicadeza, hermosos ojos oscuros, muy expresivos, fresca y lindísima boca, soberbiamente amueblada, poseía, como vulgarmente se dice, todo género de armas para rasgar su partida de casamiento; pero las rechazaba y no amaba más que á su marido, con un amor, ó mejor di-

cho, con una afección tranquila, sin ardor y sin calor, semejante á esos fuegos mezquinos cuya llama se vé y cerca de los cuales se tiritita de frío.

El barón era digno de mejor suerte. Hombre delicado, generoso y sensible, no había encontrado en el matrimonio más que una parte de lo que en él deseaba encontrar, y, sin embargo, á excepción de raras y discretas alusiones ó sus íntimos, jamás había salido de sus lábios una frase de censura.

No hay primavera sin lluvias ni matrimonio sin nubes.

A no dudarlo, alguna que otra nube se había interpuesto entre ámbos esposos; pero tan ligeras habían sido, que nadie las había notado y que se habían disipado rápidamente.

Preciso es no callar nada.

Si por acaso alguna vez el hermoso Cláudio había engañado á la baronesa, en circunstancias especiales y por virtud del axioma de que á cierto número de kilómetros de su casa, el marido recobra sus derechos de soltero, ella no lo había sospechado siquiera, y estas infidelidades no habían sido para ella

más que ocasión de multiplicados cuidados, cariños y atenciones de parte del delincuente.

En lo físico, el barón Chatel es un buen mozo, está admirablemente conservado y representa mucha menos edad de la que tiene. Bien formado, sin que su robustez sea excesiva, representa á las mil maravillas uno de esos elegantes y perfectos tipos de los oficiales de caballería.

Sus oscuros cabellos, ya algo grises, dan á su cara una nueva frescura y elegancia.

Sus ojos negros y vivos tienen una gran dulzura y el timbre de su voz es naturalmente acariciador.

Cómo habilidad particular, es músico, pero músico agradable, sin pretensiones del gran arte, y coleccionista de cuadros, retirado.

Toca, no frunzais las cejas—toca el piano; y tendriais, por rebelde que fuerais á las gracias de ese instrumento, desacreditado por los que le martirizan, un verdadero placer en oírle, si el no cerrara con mucho cuidado las puertas, temiendo molestar á los que pudieran escucharle.

Es además muy inteligente en materia de arte y muy pocos de esos que se tienen por peritos de profesion, pudieran rivalizar con él por la seguridad de sus juicios.

Recorre las exposiciones y los estudios de maestros distinguidos.

Ese es uno de sus pasatiempos, y su placer más caro, en todas las acepciones de la palabra.

Inútil es decir que las habitaciones que él ocupa en su hotel de la avenida Gabriel, están amueblado con una elegancia extrema y completamente artística.

Sus recepciones son muy concurridas, pero casi siempre es la baronesa quien las preside, porque el barón pasa una gran parte del tiempo en el círculo en donde no cuenta más que amigos.

Su club predilecto es el más próximo á su hotel, el ex imperial, conocido desde su fusión con los Mirlitones y su gran ensanche, con el trivial y ordinario sobrenombre del *Epatant*. Puede decirse que allí es sobretodo donde se recrea, que allí es en donde vive en realidad, rodeado de un corto número de íntimos, una de esas agrupaciones que se forman en las

reuniones numerosas para poder fraternizar todos los que á ella pertenecen.

Su grupo se compone de cuatro ó cinco compañeros, cuyos caracteres simpatizan y que no pasarían medio día sin sentarse alrededor de una mesa de *ecarté* ó de *whist* ó en algún rincón comentando las historias del día, fumando un cigarro y preguntándose cómo matarán las horas, tan largas cuando se mira hacia adelante, tan cortas cuando se mira hacia atrás.

En aquella pequeña reunión tan selecta, no se cuentan más que gentes irreprochables, según la sociedad, de reputación intacta, de talento distinguido, *gentlements* hasta las puntas de las uñas y ricos á porfía, lo cual hace que la probidad sea singularmente fácil.

El verano último, una admirable tarde del mes de julio, tres de los miembros de aquella agrupación tan superiormente compuesta, se encontraban en la terraza del *Epatant*, á la sombra de los grandes árboles cuyas ramas llegan hasta dar sombra á la acera de la avenida Gabriel.

Sentados negligentemente en mecedoras, con las piernas cruzadas y el cigarro en la

boca, hablaban de cosas indiferentes viendo pasar los coches que subían ó bajaban del bosque.

Estos tres individuos eran Pablo Aubagny, un ocioso de pereza inveterada, rico, amable y galante; el marqués Ludovico de Fresneuse, los dos solteros impenitentes, verdaderos zánganos del amor, y Juan Desvaux, el pintor de retratos que está en vías de hacer una gran fortuna con su paleta.

Eran las cinco.

—¿Cómo se retrasará hoy Claudio, cuando es siempre el primero que llega?—dijo de Aubagny.

—Eso estaba pensando, porque hace días que me tiene inquieto—observó el marqués de Fresneuse, el amigo más íntimo de Chatel, su compañero de infancia y de colegio.

—¿Por qué causa?

—¿Vosotros no veis nada?

—¿Qué es lo que podemos ver?—preguntó Desvaux.

—¿No habéis notado lo que se vá desmejorando desde hace poco tiempo?

El doctor Mortimer, una celebridad de la ciencia, se aproximaba arrastrando una mecedora.

—¿De quién habláis?—preguntó.

—De Chatel.

—¿Qué decíais de él?

—Que tiene no sé qué: ¡un poco de locura, una pena, un aburrimiento, algo, en fin!

—A fe mía es verdad—afirmó el doctor, arrellanándose cómodamente en la mecedora. Cambia... adelgaza á ojos vistas.

—Tal vez su salud...—insinuó el pintor.

—¡Bah!—dijo el doctor.—No estais en lo cierto, amigo Desvaux. El barón goza de perfecta salud. A mi parecer, es la cabeza la que está interesada, ó tal vez...

Se tocó el pecho del lado del corazón, y añadió:

—Esto... la viscera de los devaneos amorosos... y de otros devaneos.

Fresneuse protestó.

—No lo creais. ¡Claudio enamorado! No es tan tonto.

—¡Eh! ¡eh!—repuso el doctor—fijáos... ¿Qué edad tiene vuestro amigo Chatel? ¿Lo sabeis con exactitud?

El marqués, después de calcular un momento, respondió:

—La misma que yo... cuarenta y cinco años y algunos meses.

El doctor Mortimer ha pasado de los sesenta, y su experiencia es grande.

Los médicos se parecen á los confesores. Conocen su historia y la de los demás.

Oprimió sus gruesos labios y movió su calva cabeza.

—¡Edad crítica!—murmuró.

—Lo cierto es—repuso Fresneuse—que Claudio no es ya el mismo. ¿Por qué? Ni aun lo sospecho.

El pintor dió su parecer.

—Es preciso preguntárselo en interés suyo. Él tan alegre, tan animado, está tan triste como un día de difuntos.

—¡Eso es raro!

Cada uno dijo lo que le parecía acerca de las causas de la variación de su amigo.

El barón había cambiado y no en su favor. Había enflaquecido; su rostro, hasta entonces respetado por los ultrages del tiempo, se llenaba de arrugas.

Y sin embargo no se conocía causa alguna para que esto sucediera.

Se trató de descubrir alguna.

—Pérdida de intereses tal vez.

—No juega más que con nosotros.

—Más bien, tiene suerte.

—El no pone los piés en la Bolsa.

—¡Tiene muchísima razón!

—¡De su matrimonio, nada hay que decir!

Todo marcha en su casa sobre ruedas.

Jamás la menor cuestión; ni la menor sombra de desavenencia.

El doctor, dijo:

—El termómetro de Chatel ni sube ni baja.

Desde hace veinte años que le conozco, quince grados sobre cero. Nunca más, jamás menos, temperatura media, habitación de enfermo.

Pero un punto sobre el cual todos estaban de acuerdo, era la metamorfosis sufrida por su amigo.

Era visible, lamentable.

El barón tenía un kister moral, esta fué la expresión del doctor; se derrumbaba.

—Yo creo—dijo el pintor,—que debemos arriesgarnos á preguntarle. Despues de todo

es un favor el que tratamos de hacerle interesándonos por él.

Se le debía hablar, ¿pero quién le hablará?

El marqués aceptó las funciones de *speaker*.

Tenía suficiente confianza con Chatel para preguntarle. Si el barón rehusaba contestar él habria cumplido con su misión.

Justamente en aquél momento apareció por los jardines de la embajada de Inglaterra la persona de quien hablaban.

—Mirad—dijo el pintor;—ahí viene, dá lástima verle.

La palabra no podía ser más justa.

El hermoso Cláudio se acercaba con lentitud, con el indeciso y negligente paso del enfermo de Millevoye.

Sus cejas, más oscuras que sus cabellos, se unían en una arruga vertical de la frente; sus lábios, oprimidos, parecían introducirse el uno en el otro, tal era la presión. Caminaba con la cabeza inclinada hacia el asfalto de la acera y su mirada no se fijaba en nadie.

Traía en la mano izquierda una carta, que guardó en el bolsillo de su gabán al llegar al jardín del círculo.

Una vez allí, saludó á sus amigos con una mirada sombría, desesperada.

Cuando después de haber dado vuelta á la calle Boissy de Anglas, llegó cerca de ellos: se asustaron de su palidez, casi de su lividez.

Y estrechándole la mano, el marqués de Fresneuse, su íntimo, le dijo, como había prometido:

—Vamos á ver, Cláudio, tú nos asustas, en verdad. Somos tus amigos, no lo dudas. ¿Qué tienes?

El barón irguió la cabeza como si saliera de un sueño; un calofrío visible, por decirlo así, recorrió todo su cuerpo.

El doctor Mortimer le presentó una silla. Se sentó ó mejor dicho, se dejó caer en ella. Estaba abatido.

—Querido,—repuso el marqués,—han debido zumbarte los oídos en el camino.

—¿Hablábais de mí?

—Precisamente.

—¿A propósito de qué?

—De que nos asustas.

—¿Por qué causa?...

—¡Por tu semblante, pardiez! Ocurren cosas que no son naturales.

—Es verdad.

—Como sabes... suele decirse que únicamente las mujeres son curiosas; pero yo conozco hombres que las ganan en esto. En fin, nos interesamos por tí, como tú te interesas por nosotros. He aquí la verdad. No eres el mismo... Tu sufres.

—Convengo en ello... ¿Y quereis saber la causa?...

—Si quieres decírnosla, porque nos inquietas, nosotros no la encontramos. No te falta nada para ser feliz. Tienes todo... salud, juventud suficiente para amar la vida; una fortuna más que conveniente... experiencia para hacer uso de ella... un interior encantador... y pareces un desgraciado que se va á suicidar, palabra de honor!

Fresneuse consultó á sus amigos con una mirada circular.

Estos se inclinaron.

Una expresión de amargura se dibujó en los labios del barón.

—Vosotros quereis saber la causa de esta transformación que notais en mí—les dijo—y yo deseo contároslo todo.

—¡Bah!



—Sí, y esto no es de ayer; pero lo que me retiene, es que me avergüenzo de lo que he hecho y de mi cobardía.

—¿Tú, cobarde?... ¡Vamos!

—Sí, y más cobarde que vosotros podeis pensar.

—Eso es imposible.

—¡Hay más de una manera de ser cobarde!

—No os veo en ese caso, querido—dijo Desvaux.

—Con las mujeres, por ejemplo,—añadió el barón.

Hubo un momento de silencio.

El pintor, después de reflexionar, se mostró grave y dijo:

—Tiene razón Claudio... Con ellas todo es posible.

—Pues bien, estoy solo en casa,—repuso Chatel.—La baronesa marchó anteayer á Marnes, en donde tenemos que hacer algunas obras de reparación. Debe pasar allí algunos días! ¿Quereis comer conmigo?

—¿En dónde?—preguntó el doctor Mortimer.

—En la avenida Gabriel, sencillamente.

En cuanto doy algunas órdenes...

—¿Nos contarás la historia?—dijo Freneuse.

—Os la contaré á los postres, cuando me haya calentado un poco la cabeza.

—¿Tienes necesidad de eso para referirnosla?

—Ciertamente.

—¿Es algún drama?

—Muy sencillo; pero de todos modos lo es. Y no todos los días ocurren dramas como el que os contaré.

El barón se mordió los labios y una lágrima veló por un instante sus negros ojos.

Hizo un gesto de cólera, la arrancó por decirlo así, con las yemas de los dedos, y se levantó bruscamente.

—¿Queda convenido?—dijo.

—Queda convenido, queda entendido—dijo Desvaux, cantando a media voz para animar un poco la situación.

—Entonces, á las siete y media, si quereis.

—Bueno.

Chatel salió por donde había venido.

Dos minutos después le vieron sus amigos volver á pasar por la acera, debajo de la te-

rraza, encorvado, pensativo y con la mirada irritada.

Cuando estuvo enfrente de la embajada de Inglaterra y se creyó al abrigo de toda vigilancia indiscreta, se detuvo, sacó del bolsillo del gabán el papel que había guardado al acercarse al círculo, y lo leyó de nuevo con avidez.

Desvaux, que se había inclinado sobre el balaustre de la terraza y cuyos ojos eran muy penetrantes, le vió reproducir el gesto de arrancarse la lágrima, doblar la carta y continuar su camino á paso largo hacia su casa.

Después desapareció el baron en la vuelta del Eliseo.

Cuando el pintor se volvió hacia sus amigos, el marqués de Fresneuse le preguntó:

—¿Que hay?

El pintor extendió los brazos con aire de incertidumbre.

—A fé mia—dijo—que hay algo raro; pero tendremos la clave del misterio.

—¡Historia de mujer!

—¡Historia de mujer, sin duda!

—¿Quién es ella?

—¡Ah! eso...

Se echaron á discurrir. No conocían ninguna relación al baron.

—¡Paciencia! No tardaremos mucho tiempo en saberlo—dijo el doctor Mortimer.

—Sí, jugaremos una partida de *ecarté* para abrir el apetito—propuso Fresneuse.

—Aceptado—digeron los otros.

Los cuatro amigos dejaron sus asientos, y atravesando la explanada se perdieron en los salones del círculo.